LA INVESTIGACION EN BIBLIOTECOLOGIA*

por Josefa E. Sabor

La investigación en el campo bibliotecológico no parece haber tentado en demasía a los especialistas argentinos. Una prueba de ello es lo poco que se la practica y el bajo nivel numérico de publicaciones en nuestro campo profesional. Podemos decir que la investigación se halla entre nosotros casi en su etapa inicial, más aún, que en épocas pasadas fue más rica que en la actualidad. No tenemos noticias tampoco de la existencia de planes ampliamente discutidos y difundidos, ni se advierten esfuerzos para coordinar esa actividad esencial del campo de la bibliotecología. Tal circunstancia es doblemente lamentable si se considera que otros países latinoamericanos -entre ellos Brasil y Colombia- realizan esfuerzos estimables en ese campo. En esta contribución trataremos de exponer los motivos que hacen aconsejable una toma de conciencia y un cambio de actitud de los profesionales argentinos frente a la investigación, así como las ventajas que resultarían de la adopción de planes razonables para impulsar esa actividad en el campo de nuestro interés específico.

Comencemos con un poco de historia. Una vez más, en nuestra profesión, el origen está en los Estados Unidos. En 1921 el sociólogo Charles C. Williamson publicaba *Training for library work*, al que agregaría en 1923 su famoso *Training for library service*, primera investigación realizada con un método científico, sobre el estado de la enseñanza de nuestra especialidad en los Estados Unidos. El hecho de que Williamson no fuera un bibliotecario sino un sociólogo no era, por cierto, casual. Los duros estudios de Williamson, en los que se señalan sin contemplaciones las causas de la supuesta medianía bibliotecaria norteamericana del momento, y su posible mejoría a través de un cambio radical en la enseñanza, llevó a un grupo de profesionales a fundar una nueva escuela, la de la Universidad de Chicago, que intentó y logró aproximar la profesión a una posición crítica frente a los problemas bibliotecarios. El medio utilizado para alcanzar ese fin sería la investigación bibliotecológica. El grupo de hombres excepcionales que enseña y se forma en esa escuela no necesitará más de una década para demostrar que si la bibliotecología no es una ciencia ello se debe a que desde sus orígenes mismos los bibliotecarios se negaron a reconocer el valor de la investigación en su campo y fomentaron la confusión que aún hoy permite que muchos crean que esa disciplina se basa en meras técnicas, no en principios. A falta de una *ciencia* bibliotecaria sólo fuimos capaces de ofrecer un *servicio* bibliotecario. Esta posición de Chicago, sostenida a través de los escritos de su eminente director, Louis R. Wilson dió como resultado la formación de una pléyade de investigadores, y produjo una literatura de la más alta calidad, algunas de cuyas obras son usadas aún hoy por nuestros estudiantes, como *La biblioteca de la Universidad*, de Wilson y Tauber, para no citar sino la más difundida en español. El propio Wilson escribirá en 1938 la obra más importante del grupo, la famosa *Geography of reading*, en la que el autor realiza una tarea interdisciplinaria, junto a geógrafos y estadísticos. Mediante la aplicación del método de encuestas, y con el auxilio de bibliotecarios, educadores y cartógrafos, establece, por primera vez, el mapa de la lectura en Estados Unidos.

---

* Las palabras bibliotecología, biblioteca, bibliotecario y planeamiento se usan, por razones de comodidad, en su sentido más amplio y genérico, y abarcan todos los aspectos y matices de la ciencia bibliotecaria.

De 1926 a 1930 la escuela de Chicago dictó cursos, creó el equipo de investigadores y, recién entonces, estableció los títulos de licenciado y doctor, ya que en ella no se aceptaba que alcanzaran grados superiores los que no eran capaces de investigar. Así se echaron las bases de la bibliotecología moderna, que se apoya, entre ótras, en esta premisa: no hay buena bibliotecología sin una seria tarea de investigación.

Toda rama del saber debe apoyarse en la acción de un núcleo de estudiosos, y la bibliotecología no es una excepción. El haberlo sido por cierto tiempo la redujo a un conjunto de rutinas, con manifiesta tendencia a cristalizarse, con lo cual el conjunto del saber bibliotecario estaba amenazado de obsolencia. La bibliotecología está vinculada con los fenómenos sociales y con el mundo vivo y dinámico de la comunicación, y no es posible establecer métodos y estructuras para afrontar y solucionar sus problemas, si el bibliotecario se basa en suposiciones, que ni se examinan ni se prueban.

Es sabido que en la mayoría de los campos de investigación, sobre todo de las ciencias sociales, pero también en las ciencias puras, se comenzó por el conocimiento pragmático, que procedía de la observación y la experiencia. Pero a medida que el tiempo avanzó y que las operaciones y los procesos se fueron haciendo cada vez más complejos, las exigencias fueron cada vez mayores y hubo que dar paso a la investigación sistemática de los principios generales, que es la que permite la evolución y el progreso de la disciplina. Se necesitan conocimientos más esenciales, más exactos, y la improvisación y la imitación sin adaptación deben ser desterradas. Por eso la investigación es la condición esencial para que una disciplina se desarrolle sin pausa. Y para ello quienes la cultiven deberán demostrar su habilidad para usar y adaptar a sus necesidades los métodos que ya han sido generados y probados por otras. Este uso de los métodos científicos hará que la bibliotecología no difiera, en lo esencial, de otras especialidades. Sus objetivos, su metodología y su organización deberán ser los de una ciencia, y el servicio bibliotecario y de información será una aplicación de los estudios de alto nivel que se realicen dentro de ella.

Hay que aclarar que la investigación no es un lujo, ni está reservada a una minoría de privilegiados. La investigación es una necesidad vital dentro de cualquier disciplina, y sólo a través de ella se logra el avance científico, y se promueve la mejoría cultural y económica del grupo profesional.

Considerada desde el punto de vista de la enseñanza, la investigación obliga al estudiante a realizar por sí mismo la búsqueda de los datos, bajo la dirección de sus profesores. Estos no tienen como fin primordial formar investigadores, pero sí provocar en el estudiante la actitud del investigador y dotarlo de sus mismas armas, las que utilizará después cuando sea un profesional, cuando ejerza la docencia o cuando, en un número menor de casos, se oriente hacia la función de investigador.

Pero más allá de todas estas reflexiones y de la idea, que no creemos que bibliotecario alguno no comparta, de la necesidad de dar a nuestra especialidad una vertebración metodológica que la aproxime a la categoría de ciencia, es evidente que, por lo menos entre nosotros, dicha actividad se cumple en medida muy limitada, aún más, que si volvemos la vista a las épocas que nos han precedido en nuestra profesión y de las que algunos de los aquí presentes hemos sido protagonistas, llegamos a una conclusión alarmante: cada vez se escribe menos en la bibliotecología argentina. Y no es sólo que se escriba menos; es que se teoriza menos y se hace menos investigación. En nuestro limitado panorama de literatura bibliotecológica, no

se formulan, por lo general, principios, ni se cuestionan los tradicionalmente aceptados. Los trabajos, esporádicos, generalmente relatan experiencias o dan testimonio de una realidad. Pero raramente se encara con espíritu y armas científicas el análisis y la crítica de lo que se expone. Parecería que no es fácil encontrar investigadores en nuestro campo, y ello se debería a distintas razones:

- la inexistencia de un plan nacional o de planes parciales de envergadura, de acción bibliotecaria, que pondrían en evidencia la necesidad de investigar la realidad nacional y provocarían la formulación de un plan de investigaciones directamente vinculado con las necesidades actuales de nuestra profesión, dirigido a lograr el conocimiento, el diagnóstico, y con él la búsqueda de remedios a la deficitaria situación en nuestro país;

- la falta de organismos de buen nivel y servidos por profesionales eficientes, directamente vinculados con los planes a que hacemos referencia;

- la falta de organismos de apoyo a la investigación bibliotecaria, como por ejemplos los institutos o grupos de investigaciones bibliotecológicas;

- la carencia de bibliotecas profesionales al día;

- la falta de estímulos para investigar, tales como permisos especiales en bibliotecas, facilidades para reunir información, posibilidades de tiempo libre, etc.;

- la falta de fondos para costear las investigaciones, e inexistencia de becas, recursos para la publicación, etc.

Y por fin, aunque quizás antes que cualquiera de los factores negativos enumerados, la posición deficitaria de las escuelas de bibliotecarios en la enseñanza de las técnicas de la investigación. Pero como quizás es éste el campo en el que podamos acercar más rápidamente que en ningún otro remedios para la situación, preferimos dejar aquí el tema para retomarlo más adelante, con más detalle.

Imaginemos ahora que en el medio argentino los bibliotecarios se dejen convencer de la necesidad de investigar, y las autoridades o los responsables de la profesión, de la importancia de fomentar ese esfuerzo. No bien algunos se lancen a la tarea, surgirán de inmediato dos interrogantes: ¿tiene la bibliotecología métodos propios de investigación?; ¿cuáles son los métodos que pueden usarse en la tarea?

La primera pregunta tiene una respuesta negativa. La bibliotecología no tiene aún sus métodos propios de investigación y debe utilizar los de otras ciencias, particularmente las sociales. Entre todos ellos los más usados son cuatro: el método histórico; el método descriptivo o normativo, que utiliza la observación directa y el análisis y dentro del cual se inserta el "estudio" (survey); el método experimental, que además de la observación directa introduce la experimentación, y trata de deducir leyes de los fenómenos que observa o provoca; el método estadístico. A estos deben agregarse otros, que concurren a la tarea y que son a menudo instrumento de los métodos mencionados. Más que métodos -como se los llama por lo general- son procedimientos, y los más utilizados son la encuesta, la entrevista, el test, la observación de casos, la comparación.

Hemos dejado aparte, expresamente, uno de los campos más fecundos de la investigación bibliotecológica. Nos referimos a la investigación bibliográfica, que puede usar alguno de los métodos y procedimientos enumerados, a los que agrega todos los relacionados con la descripción bibliográfica y el indizado.

Conviene insistir en que, salvo la metodología bibliográfica, ninguno de los métodos y procedimientos enunciados han sido creados por o para la bibliotecología. Esto supone una necesidad de adaptación de esos métodos, que sólo se logra con la práctica y que quizás lleve, corridos los años, a la creación de otros, y sobre todo de procedimientos, propios de la bibliotecología. Claro está que la estrecha relación de ésta con lo social y otros campos de la ciencia, determinará que los métodos tradicionales sean usados indefinidamente, pero las necesidades del propio campo exigirán cierta cuota de originalidad, que tendrá que ser aportada por los bibliotecarios. No se concibe llegar a un estadio tan avanzado si antes no se pasa por una prolongada puesta a prueba de los métodos tradicionales, o sea, el cumplimiento de planes de investigación en forma constante.

Pero hay un hecho importante que es necesario señalar, y que muy probablemente haya inquietado a no pocos bibliotecarios: la carencia de datos e informaciones con que tropezará quien quiera dedicarse a la investigazión bibliotecológica en la Argentina, por limitado que sea su tema y modesta su pretensión. Esto ocurre aún en el caso más sencillo, que es el de la aplicación del método descriptivo, y su variante, que es el comparativo. Tomemos, por ejemplo, las bibliotecas públicas de la Argentina, y pensemos en planear una investigación para describirlas, analizarlas y compararlas. Aunque limitemos nuestra tarea a dos áreas pequeñas, a poco andar comprobaremos que no tenemos ni estadísticas satisfactorias -a menudo ningún tipo de estadística-, ni memorias que muestren la trayectoria de la biblioteca, ni datos sobre ésta en relación con la comunidad a la que sirve, ni perfiles de usuarios, etc. El bibliotecario argentino se halla ante un dilema: no investiga porque es tan grande la falta de datos e informaciones, que su trabajo tiene que ser casi siempre sólo tentativo y, además, por fuerza, incompleto o defectuoso; pero a la vez nunca se llegarán a reunir los materiales que se necesitan si la tarea no se intenta ya, aunque debamos resignarnos a que sea imperfecta. Por otra parte, en momentos en que la desorganización bibliotecaria, bibliográfica e informativa del país debe ser superada y en que la bibliotecología comparada se presenta como una de las formas de conocimiento y de estudio más accesibles y fecundas, es una necesidad imperiosa reunir informaciones, analizarlas, compararlas, evaluarlas y trascenderlas. En esencia, es imprescindible investigar.

Hagamos ahora algunas reflexiones sobre el papel de las escuelas de bibliotecarios en la preparación del clima y los instrumentos para la investigación en bibliotecología.

Ante todo, es necesario admitir que los alumnos que han cursado los estudios secundarios, llegan a las escuelas de bibliotecología -como a todas las otras de nivel terciario o universitario- sin formación alguna para la tarea intelectual. Los estudiantes no saben manejar los libros, ni extraer de ellos los conceptos fundamentales; generalmente no han usado la biblioteca, ni tienen hábitos de lectura; no son capaces de obtener información por sí mismos; no pueden preparar un pequeño trabajo que suponga búsqueda, estructuración y redacción válidas. El fenómeno no es solamente argentino, y sin duda hay en nuestro medio excepciones. Pero son pocas.

La escuela de bibliotecología, por su parte, no mejora mucho la situación. En aquellas escuelas de mayor tradición y con profesorado capaz, se dicta un curso de metodología del trabajo intelectual, con el que se trata de reparar la omisión del ciclo secundario. Esto, que es asumido como una obligación para cubrir carencias de que otros son responsables, priva a la escuela de tiempo útil para entrar de lleno en el estudio y la investigación, y coloca a los alumnos en el papel de babulcientes iniciados, no de

estudiantes de nivel superior. Después la escuela dicta, más adelante, un curso de métodos de investigación científica, por lo general bastante divorciado, en ejemplificación y aplicación, de la propia especialidad bibliotecaria. Los alumnos suelen preparar monografías, pero raramente realizan tareas de investigación más avanzadas sobre temas bibliotecarios. Cuando llega el momento de afrontar la redacción de las tesinas y tesis, están generalmente desarmados y dependen de la generosidad, habilidad y eficacia del consejero de tesis que, acuciado por la falta de tiempo en un país en que la dedicación exclusiva es un lujo y en consecuencia una excepción, lucha por sacar adelante a su ahijado, más atento a obtener buenos frutos en un plazo corto, que a enseñar los secretos y la mecánica de la investigación. Esos, que el graduando ya debía poseer. Así, la enseñanza de la metodología de la investigación aparece en las escuelas, por lo general, como algo meramente teórico que el alumno no interniza, no aplica y, en consecuencia, condenado a ser olvidado con el tiempo.

Por otra parte, las escuelas siguen aferradas a viejos conceptos sobre el número de horas y esfuerzos que deben dedicarse al aprendizaje y a la práctica de las rutinas. La enseñanza no favorece la independencia de criterio ni incita a los futuros profesionales a la investigación. Un hecho reciente como es el de la enseñanza y aplicación de las nuevas normas catalográficas, ha llevado otra vez al primer plano esa importancia excesiva, ese desequilibrio evidente a favor de las rutinas, que es una verdadera enfermedad de la enseñanza bibliotecaria. Compárense las horas que se dedican a ese tipo de enseñanza, en buena parte memorista, repetitiva y no crítica, y la que se otorga a los métodos y práctica de la investigación, y se comprenderá que e poco lo que se hace por lograr bibliotecarios pensantes.

Pero hay algo más: una escuela que no enseña a investigar a sus alumnos, tampoco lo exige a sus profesores. No los estimula ni los incita a una tarea de creación. Los profesores, a su vez, como no investigan, no pueden enseñar los métodos que no practican, y corren el riesgo de caer en una enseñanza monótona, que carece de entusiasmo, de la fuerza creadora y de la vida que vuelca en el aula el gran profesor, que casi siempre es, además, un investigador.

Si estas observaciones son válidas para toda enseñanza superior, adquieren el carácter de un axioma cuando se refieren a escuelas insertas en la universidad, ya que, según el concepto actual, la investigación es el más valioso de los métodos de la docencia universitaria. Creemos que conviene recordar uno de los párrafos de la famosa obra de Karl Jaspers, La idea de la Universidad: "... ante todo la docencia necesita de la investigazión para su sustancia. De ahí que el alto e irrenunciable principio de la universidad sea la vinculación de investigación y docencia, y no porque por razones económicas se quiera ahorrar por medio de la acumulación del trabajo; no porque sólo de esta manera se pueda hacer posible la existencia material de los investigadores, sino porque de acuerdo con la idea, el mejor investigador es a la vez el único docente bueno. Porque ... sólo él pone en contacto con el propio proceso del conocimiento, y por intermedio de éste, con el espíritu de la ciencia en vez del contacto con los resultados muertos, fáciles de aprender. Sólo él mismo es ciencia viva, y es en el contacto con él que puede ser contemplada la ciencia tal cual es originariamente. Él despierta impulsos similares en los alumnos. Él conduce a la fuente de la ciencia. Sólo el que personalmente investiga puede enseñar esencialmente. El otro sólo trasmite lo fijo, ordenado didácticamente. Pero la universidad no es escuela, sino alta escuela."

Si la importancia de la investigación en la enseñanza es tan notoria y la universidad es el lugar en el que ella puede desarrollarse en plenitud, tendríamos que volver a considerar una vez más el viejo y debatido asunto: ¿deben existir las escuelas de bibliotecarios fuera del ámbito de la universidad? Y si la respuesta es afirmativa, ¿tendremos que llegar a aceptar también en la Argentina, como ya lo es en el resto del mundo, que hay distintos niveles en el valor y la importancia de los títulos que otorgan unas y otras?

Algo parece cierto: considerando los niveles de la enseñanza, es en el más alto grado, en la universidad, donde se dispone de las mayores posibilidades de investigar y de enseñar a investigar. A las escuelas universitarias de bibliotecología es a las que les está dada esa posibilidad, pero también la responsabilidad consecuente.

Hasta ahora, al hablar de investigación, hemos citado solamente a las escuelas de bibliotecarios como responsables de ella. Si bien es cierto que, sobre todo en la etapa inicial de la formación de los investigadores, su papel es esencial, no hay duda de que otros deben hacer aportes, que pueden ser muy importantes: las bibliotecas, los centros de documentación e información, las asociaciones de bibliotecarios, los organismos oficiales y privados creados expresamente para el desarrollo bibliotecario o para la investigación.

Como ya hemos visto, a las escuelas corresponde la enseñanza de los métodos y procedimientos de la investigación y el iniciar a los futuros profesionales en la realización de trabajos escritos, que culminarán en las tesis de grado. En cuanto a los profesores, están directamente comprometidos en la dirección de los estudios y en las investigaciones que realicen personalmente. Las bibliotecas y los centros deberán cooperar en la tarea, animando a su personal a realizar trabajos, dándoles facilidades, reuniendo bibliotecas profesionales adecuadas, y comenzando por investigar su propia historia y su realidad presente, coleccionando los datos que se refieren a sí mismos y a sus usuarios. Las asociaciones, por su parte, contribuirán en la tarea estimulando a quienes se dediquen a la investigación, publicando trabajos, y también reuniendo los datos sobre su pasado y su presente. El tema principal de su interés será la promoción de investigaciones sobre la situación y el futuro de los profesionales de su propio país.

Quizás pocas instituciones puedan contribuir más a desarrollar la investigación en bibliotecología que los institutos dedicados expresamente a esa tarea. Nos referimos a los institutos o centros de investigaciones bibliotecológicas, que se han difundido por el mundo entero, sobre todo a partir de la década del 50. América Latina puso en evidencia, ya en esos años, su inquietud en el campo, y quien esto escribe formuló en 1953, a pedido de la OEA, un "Plan General para un Centro de Investigaciones Bibliotecológicas para los países signatarios del Convenio Andrés Bello", o sea los países andinos, y al año siguiente actuaba como asesora en Medellín, Colombia, para la preparación de un "Proyecto de organización y plan de investigaciones para un Departamento de Investigaciones Bibliotecológicas en la Escuela Interamericana de Bibliotecología". Estos proyectos, sin embargo, no cristalizaron, o lo hicieron imperfectamente, hasta que el 3 de julio de 1967 la Universidad de Buenos Aires, con la ayuda de la Unesco, creaba el Centro de Investigaciones Bibliotecológicas (CIB), hoy dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras, el primero en su género que entró en funcionamiento en América Latina. Quiero dejar aquí expresa constancia del reconocimiento que merecen dos personas, sin las cuales la

fundación del Centro no hubiera sido posible: Carlos Víctor Penna, entonces alto funcionario de la Unesco, que ayudó a formular los planes iniciales y aseguró la colaboración y ayuda económica del organismo internacional, y Luis Botet, Rector de la Universidad de Buenos Aires, quien, ajeno a los problemas de nuestra profesión, fue sin embargo capaz de comprenderlos y de darles todo su apoyo, dotando generosamente al Centro y asegurándole una etapa inicial rica y promisoria. Durante sus seis primeros años de vida, y mientras quien habla ejerció su dirección, se llevaron a cabo dieciséis investigaciones, algunas de ellas interdisciplinarias, y de las cuales nueve fueron publicadas por el Centro y otras instituciones.

Con posterioridad a la fecha de creación del CIB, se fundaron en las repúblicas latinoamericanas instituciones similares a la argentina. Bajo disti tos nombres y dependencias aparecen hoy en Brasil, México, Colombia, Venezuela, etc. En muchos casos esos centros pertenecen o están relacionados con las universidades, y sirven de apoyo a los estudiantes que redactan sus tesinas y tesis, concentran las investigaciones de los profesores de las escuelas de bibliotecarios, y a menudo las publican en sus series o en sus revistas. Esos centros se convierten, así, en ejes alrededor de los cuales gira no solamente la tarea de investigación, sino el mejoramiento de la enseñanz de la bibliotecología y la participación de un núcleo importante de bibliotecarios y profesores de la especialidad en el establecimiento de las bases para estructurar los servicios de información bibliográfica nacional; en la reunión de los materiales bibliográficos relacionados con la bibliotecología nacional; en el estudio de la naturaleza, estructura y estado actual de los servicios bibliotecarios en el país, así como de los recursos bibliográficos de la nación. Además propician, fomentan y realizan investigaciones en temas de inmediata aplicación práctica, contribuyendo así al mejoramient de los procedimientos técnicos y los servicios bibliotecarios.

No nos referiremos a los esfuerzos realizados por Estados Unidos en este campo,que son los más prolongados en el tiempo,los más importantes y, sin d da, los más costosos. Pero sí deseamos volver la vista a países menos rico y en consecuencia más cercanos a nuestra realidad, que están realizando gra des esfuerzos en el campo de la investigación bibliotecológica, centrada ca si exclusivamente en investigaciones de aplicación práctica, y que podrían servirnos de ejemplo para activar, mejorar y multiplicar en nuestro medio las investigaciones. Elijamos algunos ejemplos entre los de la década del En todos los informes producidos por ellos, o en los artículos que se les h dedicado, se insiste en tres aspectos fundamentales: que debe realizarse un tarea coordinada entre todas las instituciones que se dedican a la investig ción y, si fuera posible, se debería crear en cada país una institución central que asegure una organización de la tarea como un todo, logrando así un mejor rendimiento con un menor costo; que las principales investigaciones d ben concentrarse en áreas de interés práctico para la profesión; que, sin em bargo, hay que prestar mayor atención a un aspecto mucho menos frecuentado: la investigación histórica.

Como ejemplos de esta actividad europea en el campo, podemos citar a Austria, donde la investigación bibliotecológica se inicia después de la Segun Guerra Mundial, hasta que en 1966 culmina su primera etapa con la creación del Osterreichisches Institut für Bibliotheksforschung, Dokumentations -und Informationswesen (Instituto Austríaco para la Investigación Bibliotecaria, de la Documentación y de las Ciencias de la Información). Sus intereses se concentran en cuatro áreas: arquitectura, sistemas de almacenamiento, mecan zación, administración y organización.

Muchos países de Europa Central y alguno de los Balcanes, se interesan vivamente en este tema. Así Hungría, que ha creado un Centro de Bibliotecología y Metodología, que depende a su vez del Consejo Nacional de Bibliotecología. En este caso, como en el de otros países socialistas, la investigación bibliotecológica está incluida en el Plan Quinquenal de gobierno. Hungría se interesa en cinco áreas: atención, en el campo bibliotecario, de las demandas sociales: bases de datos: sistemas de almacenamiento y recuperación de la información; información científica; historia de la bibliotecología. Bulgaria, por su parte, trabaja en tres áreas: lazos entre ciencia, educación y cultura por una parte, y el libro por la otra; sistemas y subsistemas bibliotecarios; terminología.

Sud Africa también ha ingresado en el grupo de países que han centralizado la investigación: en 1980 creó el ULIR (Unit for Library and Information Research).

También se realizan investigaciones coordinadas a nivel internacional, en las que intervienen a veces dos y en otras ocasiones varios países: la Biblioteca Lenín, en Moscú, es la sede de una de ellas, cuyo tema es "Automatización en bibliotecas nacionales y su integración en un sistema nacional de información", y en la cual colabora Checoslovaquia. Un ejemplo muy interesante es el de NORFINDO, institución que coordina las investigaciones de los cuatro países escandinavos. Ha dividido las investigaciones en cuatro áreas: política bibliotecaria; fondos bibliotecarios; bases de datos; redes.

En todos esos países se opina que la investigación es una actividad muy costosa, que son pocos los investigadores interesados en esos temas y menos aún los centros dedicados a ello, y que sería antieconómico y poco práctico dejar todos los planes de esos organismos librados sólo al criterio o al gusto de sus autoridades. Estiman que la formulación de planes y el sostenimiento de las investigaciones exigen una planificación y una coordinación que deben estar en manos de un organismo central.

Lamentablemente, la literatura que se publica sobre el tema es limitada, y a menudo está en lenguas inaccesibles. La mayoría de las investigaciones quedan depositadas en las instituciones que las patrocinan, y no alcanzan a editarse. Por eso la Unesco, deseosa de difundir el conocimiento de los proyectos y estudios y de propiciar la comunicación entre los investigadores, creó ISORID (International Information System on Research and Documentation), a cuyos esfuerzos se ha sumado posteriormente el Research Referral Service, de la FID. Ambas instituciones han coordinado sus tareas y coleccionan datos sobre los proyectos planeados y en realización en documentación, bibliotecología y archivología, así como en campos periféricos. Las informaciones, reunidas por medio de cuestionarios, se editan en un boletín periódico, R & D Projects in Documentation and Librarianship, que la FID edita desde 1971. Allí es posible encontrar largas listas de investigaciones en curso, así como los datos que permiten conocer su contenido y conectarse con los autores y las instituciones responsables.

Queda ahora por formular una pregunta que consideramos clave: ¿tiene el bibliotecario aptitud y gusto por la investigación? En términos generales creemos que no, en la mayoría de los casos. Esta afirmación no es peyorativa con respecto a los bibliotecarios. Esto se explica fácilmente. En primer lugar, la vocación de bibliotecario es ante todo una vocación de servicio. Lo que el profesional desea es servir a una comunidad, en cuya realidad está inserta la biblioteca. Obtiene muchas satisfacciones en ella y se conforma con lo inmediato. 'or lo general el bibliotecario no se interesa demasiado por los resultados profundos de su tarea. Presta un servicio y, por lo general, recoge gratitud y respeto de los usuarios. Los principios en que se apoya

su tarea, las experiencias realizadas en otros medios, las novedades que sa cuden a su profesión -por ejemplo las relacionadas con la mecanización y la transición a la "era de la información"- suelen no desvelarlo. Así el prof sional actúa como si sólo fuera un técnico: no formula hipótesis ni cuestio na resultados: Cuando las innovaciones son muy importantes o llegan a su me dio en forma arrolladora, las acepta, y raramente las discute. No tiene por lo general espíritu inquisitivo y crítico. No se puede esperar entonces qu sea un investigador. En consecuencia, la investigación en bibliotecología e tá reservada a un grupo de profesionales, no a todos. Es necesario que se s men aptitudes, gusto por la tarea, preparación en metodología y un gran esp ritu de generosidad y renunciamiento para obtener un buen investigador. Per justamente porque esas aptitudes no se dan en gran número, es responsabili- dad de las escuelas y de los organismos de investigación hacer los mayores esfuerzos para detectar a los probables candidatos, formarlos, dirigirlos, lanzarlos al difícil campo de la investigación.

Ante lo expuesto, y como una síntesis de ello, creemos que las etapas a cumplir o a perfeccionar en nuestro país con relación a la investigación bibliotecológica, son las siguientes:

1. Las escuelas de bibliotecología, en especial las universitarias, deben asumir la responsabilidad de impartir una enseñanza eficaz sobre metodología del estudio y la investigación. Dicha enseñanza tendrá tres aspectos: las técnicas de trabajo intelectual (iniciación de la carrera), los métodos de investigación (mediación de la carrera), la aplicación de esas técnicas y métodos en trabajos concretos, (a lo largo de la carrera y en su culminación).

   - Técnicas del trabajo intelectual. Los estudiantes recibirán o reforzarán sus conocimientos sobre técnicas instrumentales que están en la base de todo estudio e investigación, a saber: fichas de estudio, redacción de resúmenes, sinopsis, extractos, preparación de monografías, etc.

     No se agrega ningún proyecto de programa por existir esta asignatura en varias escuelas, que disponen así de programas probados. Algunos de ellos, u otros en proyecto, han sido publicados.

   - Metodología de la investigación. Estudio de los métodos, procedimientos y técnicas de la investigación. Aplicación de los mismos a la investigación bibliotecológica. Análisis de trabajos de investigación realizados y publicados en diversos países, que servirán como modelo de aplicación.

   - Seminario de investigación. Realización por los alumnos, en forma individual o en equipo, de trabajos de investigación.

     Se agrega en Anexo dos proyectos de programa: uno para el curso de Metodología y otro para el Seminario.

2. Las escuelas de bibliotecarios incitarán a sus profesores a realizar trabajos de investigación, así como a dirigir a los alumnos en la iniciación de ese tipo de tareas. En los casos de profesores con dedicación exclusiva o semiexclusiva, esas dos obligaciones serán prioritarias.

3. Las escuelas y otros organismos relacionados con la bibliotecología, se esforzarán en formar bibliotecas adecuadas no solamente a la enseñanza sino también a las tareas de investigación.

4. Los centros, organismos o grupos de investigación deberán formular planes de trabajo definidos, teniendo en vista las necesidades reales de la profesión y la importancia de producir contribuciones para las tareas del planeamiento bibliotecario: Los campos principales podrían ser los siguientes:

   - situación y necesidades del país en todos los aspectos de la organización y la acción bibliotecaria, de centros de información, y de organismos similares y conexos;
   - enseñanza de la bibliotecología;
   - métodos y técnicas de investigación en bibliotecología;
   - investigaciones históricas;
   - investigaciones bibliográficas.

5. Las asociaciones de profesionales estimularán las tareas de investigación a través de cursos, ayudas materiales, series de publicaciones, etc.

6. Uno de los organismos entre todos los mencionados a lo largo de esta exposición, elegido según las circunstancias y posibilidades, desempeñará un papel coordinador, y mantendrá relaciones a nivel nacional e internacional, reuniendo materiales, manteniendo al día la información y difundiendo las investigaciones realizadas en el país.

La investigación no es una tarea fácil, ni rentable. Pocos son los bibliotecarios inclinados hacia ella. Pero es posible despertar el interés de algunos, y desarrollarlo. Nuestra bibliotecología hunde sus raíces en la norteamericana de la segunda mitad del siglo XIX, cuyos principios están directamente emparentados con el positivismo. Su carácter práctico, empírico, dirigido fundamentalmente a la acción, ha modelado la nuestra por muchos años. Hacer, servir: esas han sido las palabras claves de nuestra profesión. No han perdido su sentido, por cierto. Pero es necesario enriquecerlas con otra: investigar. Repensar nuestra profesión, pero apoyándonos en datos ciertos, que sólo la investigación puede proporcionarnos. Lograrlo es responsabilidad de todos.